SUSCRICIONES

		Pesetas
Madrid	Mes	1 50
	Año	17 50
Provincias	Trim.	6 »
	Sem.	12 »
	Año	22 50
Portugal	Trim.	8 50
	Año	32 50
América, Extranjero convenio postal	Trim.	15 »
	Año	55 »
En las demas naciones	Trim.	20 »
	Año	80 »

VENTA.

España	30 núm.	1 »
Portugal	35 núm.	1'50
América y Extranjero convenio postal	30 núm.	2 »
En las demas naciones	30 núm.	4 »
Núm. del día	5 cent.	
Núm. atrasado	25 cent.	

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO
POLÍTICO, CIENTIFICO Y LITERARIO

SE SUSCRIBE

En las oficinas de EL GLOBO, San Agustin, 3, y en todas las librerías.

ANUNCIOS.

ESPAÑOLES

Se recibe en esta Administracion, y en la Sociedad General de Anuncios, Carmen, 18, principal, y en Barcelona, Mayor, Roldós y C.ª, Escudillers, 9.

EXTRANJEROS

En París, la Société Générale de Publicité, rue Caumartin, 61; director, Mr. Lorette.

REMITIDOS.

Precios convencionales.

Toda la correspondencia se dirigirá al ADMINISTRADOR de EL GLOBO.

AÑO XIII—TERCERA ÉPOCA | Sábado 3 de Diciembre de 1887 | MADRID—NÚM. 4.415

NUESTRO GRABADO

El dia 14 del pasado mes de Julio falleció el célebre fabricante Alfredo Krupp, propietario y director de la fábrica de cañones de su nombre, en Essen (Dusseldorf, Prusia.)

Federico Krupp, padre de Alfredo habia fundado en 1810, en Essen, una modesta fábrica de metales y utensilios de hierro y acero. En aquella fábrica nació dos años despues, en 1812, el hijo primogénito de aquél industrial, Alfredo Krupp, verdadero fundador del grandioso establecimiento donde se fabrican los famosos cañones de acero que hoy poseen casi todos los ejércitos del mundo.

Pero la fabricacion de los célebres cañones, no comenzó hasta el año 1848. Hasta esa época, Krupp fabricó ruedas, ejes de vagones, anclas, placas curvas para calderas de vapor, y barcos acorazados.

Alfredo Krupp, que habia hecho concienzudamente los estudios de ingeniero industrial, y visitado las primeras fundiciones de Inglaterra y Austria, hizo construir en Essen bajo su direccion, en 1848, el primer *krupp*, que fué un cañon de 40 toneladas. En la Exposicion de 1862 figuró otro *krupp* de acero de 100 toneladas. Tambien este cañon fué construido en Essen, y llamó poderosamente la atencion de las comisiones militares internacionales que estudiaban en aquel concurso los progresos del arte militar.

En la Exposicion de 1867 expuso la fábrica de Krupp un cañon mónstruo, destinado al puerto de Kiel. Pesaba la pieza 15 000 kilógramos, costaba dos millones de reales, y cada disparo venia á salir por la friolera de 4.000 pesetas. Pero cuando los cañones de Krupp adquirieron renombre universal, fué en la guerra franco prusiana, en la cual se demostró prácticamente la superioridad de los cañones fabricados en Essen sobre los cañones de otros sistemas.

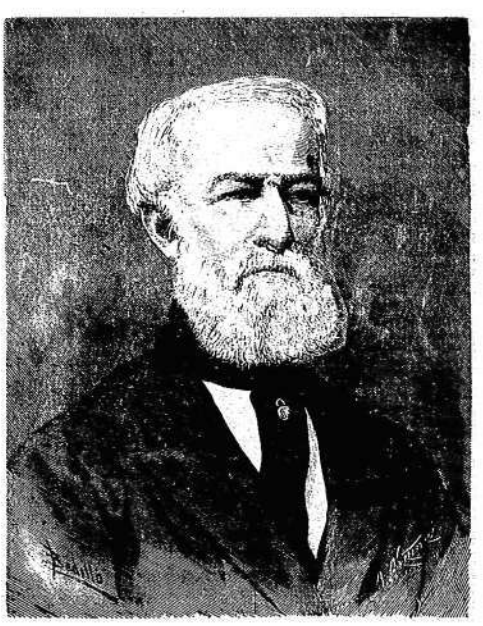
En 1873, la casa Krupp presentó en la Exposicion de Viena un cañon mayor todavía que el monstruoso presentado en la Exposicion de 1867. El tubo tenía unos seis metros y sesenta centímetros de longitud, un metro cuarenta y seis centímetros de diámetro, y pesaba 38.000 kilógramos.

La fábrica de Essen tenia en 1865, 9.000 obreros y 75 máquinas de vapor; consumia diariamente 12.000 quintales de carbon; tenia ademas 240 hornos de fusion, 40 martillos de pilon, uno de los cuales pesaba 1.000 quintales, y un sin fin de máquinas de diferentes géneros.

Desde entonces acá, la poblacion obrera ha aumentado considerablemente, y hoy la fábrica de Krupp, es una ciudad donde trabajan 20.000 obreros bajo la inteligente direccion de ingenieros y de capataces, y en cuyos talleres se construye desde la herramienta que sirve para roturar los terrenos y abrir surcos para la sementera, hasta la colosal máquina de guerra que taladra con sus proyectiles los más gruesos blindajes de los barcos, y echa por tierra los mas sólidos parapetos de las baterías terrestres.

En los comienzos del año actual estuvo en Madrid el hijo primogénito de Alfredo Krupp (que es el que ha reemplazado á su padre) con objeto de regalar á la Regente un precioso cañon de acero, que está en el Museo de Artillería y encierra todos los últimos adelantos del sistema de la fábrica Krupp.

Alfredo Krupp era un anciano venerable, de elevada estatura, rostro simpático y mirada viva y penetrante. Hombre de complexion robusta habia trabajado veinte horas diarias durante treinta años.



Alfredo Krupp.

OCHO HORAS DE VIAJE

Mientras la guardia de la Puerta de tierra presentaba las armas al compás del toque de marcha, y caia reclinando sobre sus cubos el puente levadizo, contemplábamos la roja cinta que se elevaba por Oriente, destacándose sobre la serena superficie del Mediterráneo, aquella mañana convertido en inmenso lago de plata.

Quien no ha saboreado los comienzos de un viaje á Tetuan, haciendo el itinerario que trazó el ejército español en la jamás olvidada guerra de 1860, no ha gozado de una pura é indefinible satisfaccion. Haber nacido en España, tomando en el alma sus hazañas inmortales, y en el cuerpo desde los átomos de su tierra hasta los rayos de su rabioso sol, supone una codicia irresistible por saborear las cosas de Africa, y un deseo á prueba de molestias, por conocer y hasta pisar aquellas superficies [que regó la sangre de tantos y tan valerosos compatriotas.

Deseábamos, pues, que las puertas de Ceuta se franquearan, para entrar y seguir en el camino que se dirige á la Vega de Rio Martin.

¡Gracias á Dios que ya desembocamos por las mesetas del Otero! Allá, formando los límites del horizonte visible por el Occidente, las peladas cimas de Sierra-Bullones se destacan en el azul del cielo, y muestran el boquete de Anghera, especie de tronera por donde se pasa á los antros de una sociedad salvaje: por la série de alturas que constituyen la cintura de los límites españoles, se elevan las esbeltas torres y los gallardos castillejos que perpetúan nombres eternamente alabados: más acá, hácia el centro de la ondulosa curva, el Serrallo, luciendo sus saetoras y mostrando las tambores de sus flancos, trae á la mente un nombre, hoy repetido por infausto suceso; el nombre, y con él las proezas del bravo general Echagüe.

Trepando por unas colinas vestidas ya con floridos ropajes de primavera, se desciende al vallecillo por donde corre el famoso arroyo de las Bombas, cuyos cristales parecen reflejar con orgullo, los blasones de Castilla esculpidos en los pilares de la frontera.

No bien se ha entrado en terrenos de Muley-Hasam, cuando desciendon de una torre que los moros llaman *guardiana*, dos ó tres soldados andrajosos, recios, de aspecto semi salvaje, que se acercan al viajero para preguntarle cuántos moros de rey desea le custodien en la travesía.

Hé aquí un abuso que proviene de craso error y de inexplicable tolerancia. Por el tratado de 1860, S. M. Scherifiana garantiza la seguridad de cuantos españoles transiten por tierras del Imperio, comprometiéndose España por su parte á asegurar la vida y riquezas de cuantos marroquíes vivan en sus dominios. Es evidente, pues, que todo español puede viajar por Marruecos, sin necesidad de llevar custodia para su persona. Sin embargo, el moro de rey se impone como acompañante, para percibir la gabela de *diez pesetas*. ¡Es natural; como el Soltan no les dá ni un blanquillo de sueldo, estos pobres servidores tienen que ingeniárselas para vivir!

Consiste el error, en creer que al pisar Marruecos hay el peligro de ser devorado por cualquier hárbaro de los Duares, ó por lo ménos robado y mutilado en aquellas riquezas más apreciadas. Nada debe temerse en las zonas marroquíes fronterizas con España, porque los árabes saben ya cómo las gastan nuestros soldados y no quieren exponerse á ser crucificados por el Kaid ó bajá, pena que sufre el facineroso que no respeta la propiedad ajena, sobre todo si la reclamacion se hace con energía.

Ello es que Ali-el-Krazis, despues de haberse embolsado los dos duros, que recogió con marcada avaricia, empuñó su espingarda, y sin mas ropa que una túcia chilaba que apenas cubria su cuerpo hasta la rodilla, comenzó un trotecillo igual y persistente, capaz de rendir al caballo mas vigoroso, cuanto mas á las bestiezuelas que conducian nuestras modestas humanidades.

Era de ver aquel mozo árabe: sus piernas desnudas, terrosas, curtidas por el agua y el sol, apenas se resentian de los guijos de la áspera senda ni de las puntas de tanta maleza como festonesba el suelo. Al pasar por algun arroyo, el Krazis se inclinaba por unos momentos, absorvia un poco de agua y seguia su ruta con el mismo aire troton que traia.

De pronto descubrimos un valle pintoresco: era el inolvidable valle de los Castillejos. La figura heróica del general Prim parecia elevarse sobre las mesetas que cierran la garganta del N. enarbolando en su diestra la bandera patria, y animando con su voz enérgica los brios de aquellos soldados que formaban en las filas del regimiento de Córdoba. Por un impulso instintivo de noble orgullo, egoista si se quiere, pero ageno á todo sentimiento de menosprecio hacia un valor rayano en la ferocidad, hubimos de llamar á nuestro guia: ¡Krazis! ¡Krazis! aquí los españoles vencieron á los moros.—¡Eh, señor!—contestó el moro de rey, con tales acentos de rábia y disgusto, que llenaron de merecida admiracion nuestra alma. ¡Hé aquí un bárbaro que aun no transige con la derrota!

Atravesamos el rio Azmir en cuyas orillas cubiertas de juncos y tarays tantas fatigas sufrieron los héroes de aquella campaña, y despues de trepar por las lomas de Monte-Negron oscurecidas por un manto de jaras y alcornoques, entramos en el inmenso llano de Tetuan, limitado hácia el frente por la cadena azulada del pequeño Atlas.

La vista se solaza ante uno de los panoramas más bellos que presenta la Naturaleza. El murmurio de las olas al deslizarse por unas playas de arena, indica que por la izquierda está el mar de las inspiraciones, el prestigioso Mediterráneo; los huertos de naranjos extendidos por las riberas de Gued-el-Jelú, y escalonándose por las faldas de la cordillera, representan los bellísimos cármenes de Granada, henchidos de aromas y llenos de coquetona voluptuosidad; las crestas verdinegras de los montes semejan las graciosas y frescas estribaciones vascongadas, y los minaretes que asoman sus medias lunas por los costados de la torre Jeleli, dicen á las claras que allí se halla Tetuan, la ciudad que está incrustada con hermoso relieve en nuestra historia, la Te thuãen de los árabes, la prenda de los riffeños, la que guarda en sus senos tesoros de encanto y de poesía.

Cuando cruzamos el laberíntico camino que se esconde entre ribazos erizados de cañas y chumberas; despues de desfilar ante campos cuajados de tiernos trigos que alfombran el área meridional de la vega, llegamos á un altozano descubierto, desde el cual se contempla la blanca superficie de la Ciudad Santa.

¡Tetthuanl nos dijo Ali el Krazis, señalando los minaretes de su ciudad querida, y envolviendo la frase en cierto dejo de alegría y satisfaccion.

¡Tetuan! repetimos nosotros, pensando en lo que aquel nombre simbolizaba para todo español. Al mirar y remirar las nivea cúpulas que sobresalen de tan innumerables terrazas, al percibir el lánguido cantar de los Almuédanos, que desde los minaretes llaman á la oracion á los sectarios de Mahoma, y al notar, por último, que sobre las almenas de la Alcazaba no ondeaba el pendon rojo caña de nuestras tradiciones, nos acordamos de que vivíamos en el tiempo. Consultamos, entonces, la esfera de reloj de bolsillo, construido por artífices ingleses: la manecilla señalaba las cuatro.

¡Diantre—exclamamos—ocho horas de fatigosa marcha y no lo habíamos observado hasta este momento! Y sin añadir más palabra, espolearon los hijares de la cabalgadura, dirigiéndonos en busca de próvido descanso.

MARIANO J. SERIÑEZ.

UN HUERTO MURCIANO

A las siete de la mañana entraba un criado de la fonda en nuestro cuarto y pronunciaba el siguiente aviso:

—*El Imparcial* y EL GLOBO; que se levanten, que espera á la puerta el coche del Sr. Marin Baldo.

—¿Para qué?—preguntó desde su cama Martinez.

—Pos pa ir á tomar chocolate á la huerta.

Me alegró la noticia, porque tenia buenos antecedentes de esta posesion admirable del Sr. Baldo, y en ménos de un periquete, bajó con los compañeros y montamos en el carruaje, que aquí es un compuesto de coche y galera, porque posee los cómodos muelles del primero y el arco de lona y maderas del segundo.

Aunque la claridad del dia, de un dia despejado y magnífico, inundaba de luz las calles, los caballos levanteros una viva explosion de estrellas con los cascos y partieron en direccion de la huerta.

Murcia, á semejanza de todas las poblaciones moras, enseña el confuso laberinto de sus calles, en las que es muy fácil perder la orientacion; así es que el camino por la ciudad fué de lo más pintoresco, y pudimos ver las rejas oscuras de las ventanas, que parecen estar copiadas de una clave de *sol*; las secas estrechas que trajeron á nuestro recuerdo las capitales andaluzas; las casas de uno á dos pisos sin las colgaduras de flores de Sevilla ni las ventanas que las producen; los edificios antiguos; los trayectos brevísimos donde el lanzon del coche casi roza las paredes al tomar las vueltas y recodos; los mercados de techos bajos y aspecto brillante, donde la murciana de rostro coloreado por la salud, vende sus ramos de flores; los escudos de piedra en las esquinas de edificios históricos, que indican las mercedes que tuvo el absoluto señor; las columnas roidas por el tiempo, donde el musgo tiende su verde terciopelo, y cuanto detalle graba en su retina el que visita por vez primera la ciudad.

Saliendo de ésta hácia la plaza de toros, edificio que desafia y resiste todos los elogios, dejamos á un lado la carretera de Orihuela, y pasó ante la huerta el tronco de caballos blancos, sobre cuyos anchos lomos y pelo reluciente se echaba de ménos la hermosa figura de Santiago. Bajamos á tierra y estrechamos la mano de D. Eduardo María Baldo, de su noble señora y de su bellísima sobrina, la cual, por sí y ante sí, es acreedora á párrafo aparte, y ya estoy poniendo punto para conocérselo.

Si fuera preciso condensar en un semblante todo el reino de Múrcia con el color de sus célebres flores y la pureza de su cielo, con la elegencia oriental de sus palmeras y la tinta encendida de sus rosales, con la exhuberancia de vida de su vegetacion deslumbradora y sus noches, blanqueando de estrellas, ese rostro sería el de Blanca, pues en él se ven todas estas perfecciones.

Se me ha de permitir que rinda culto al arte y admire á Dios en sus obras; y como quiero que los demás participen tambien de lo bello, he de decir algo más de este rostro y de este cuerpo, que valen por sí solos todo el reino de Múrcia.

No es alta Blanca en demasía, ni tampoco es gruesa ni delgada; es como debe ser, y no doy otras razones para probarlo; sus manos son una condensacion de tus, ó mejor dicho, de *claridad* de luna; debajo de cada uña tiene una hoja de rosa que la matina y saca del continuado tono blanco de sus manos; su pié es un disparate de pequeño; su cintura tiene augustos movimientos de cisne, y la cara que corona esta figura, tiene privilegio de hermosa, conocido por todas las mujeres de la tierra, sin querer ofender á ninguna.

La huerta, que está hecha un encendido Abril, porque aquí no se conoce bien el Otoño, destellaba con sus palmeras llenas de dátiles, sus naranjos inclinados por el fruto, sus rosales que tienen para abastecer de rosas una primavera, sus limeros tambien abrumados de bolas olorosas, sus niperos del Japon llenos de flores, y enseñaba en todas las hojas el rocío, que humeaba al tibio rayo del sol y empedraba de vivísimas chispas el ramaje.

Sirviéndonos de galante *cicerone* el Sr. Baldo, vimos una palmera lisda por el penacho y escerradas todas sus hojas, para que el sol no la hiera, y pueda, en el Domingo de Ramos, abrir sus elegantes arcos de oro; bebimos agua del cielo en el cálix de una rosa *bomba* que se deslisba con el misterio de los secretos de la naturaleza; pasamos calles orladas de macetas cubiertas de plantas y flores; vimos al lado de los geránios la yuca americana; cerca de los amarantos, el heliotropo; próximo á la *cimbea real*, el plátano musa *paradisiaca*; vecinos á las habas en flor, que prueban lo benigno del invierno, las rosas de thé pálidas y bellas; acompañando á los cardos del fabuloso peso de una arroba, el fronduso *limon poncil*; tocando á la *flor espera la última*, que despide las flores del Otoño, más niperos de ramaje frondoso; próximo á la fresa el perejil, y bajo la parra de donde alcanzamos negro y saludable racimo, y donde tomamos el más espléndido chocolate, el más bello cuadro de familia conocido.

Desde el mirador, una vez tomado el desayuno, vimos un africano paisaje teñido por la niebla y la luz de la mañana; para hacer más completa la emocion íntima del campo, oíamos en las ventanas cantar en las jaulas á las perdices, y por todos los lados del horizonte descubríamos la vega murciana con su horizonte de lánguidas palmeras, sus pueblos tendidos en el llano, la poblacion de un lado con las agudas torres y edificios, cerca y lejos cañaverales y cipreses y moreras, y enfrente, al caprichoso *monte sacro*, donde su no curioso dueño deja dormir los restos antiguos que contiene en su seno, como vasos etruscos y árabes, restos egipcios, ídolos y dioses. Este ha sido el marco que ha tenido nuestro desayuno, y se comprenderá lo fresco y agradable de la impresion, cuando diga que, sentados, veíamos irradiar al choque de la luz, en cada hoja, un punto de *rocío*, y que ante nuestra vista, se desplegaba el inmenso número de 80.000 naranjas colgadas de los árboles y estendidas en un profuso y brillantísimo aguacero de bolas de oro.

Los de la prensa, Mingues, Martinez, Marrodan y yo, volvimos con una carga de flores en el coche.

S. RUEDA.

P. D. Esta tarde se ha inaugurado la escuela del pueblo de Benisjar, de que se ha hecho cargo el Ayuntamiento de Múrcia. Galdo ha pronunciado un hermoso discurso; mucho entusiasmo.

A esta hora, las nueve de la noche, nos da una gran serenata el Ayuntamiento de Múrcia, y cuando termine iremos á la sesion extraordinaria que el Ateneo celebra en honor nuestro.—S.